

mas remedio que apelar á medidas rigurosas. La excomunion mayor estalló en medio de la Compañía como el rayo del cielo en medio de un rebaño. Apagáronse por fuerza los cirios y las lámparas bajo las techumbres del nuevo templo; desvistiéronse los altares profanados por la liturgia de aquellas ceremonias anti-canónicas; pronuncióse la execracion mayor que debe petrificar el cuerpo de los fieles y congelar en sus venas para siempre la sangre. Aquel recurso supremo de los entredichos aisló á los padres jesuitas de la ciudad entera; pues teníanlos sus convecinos por excomulgados y de consiguiente por leprosos, apartándose de ellos y haciéndoles la cruz al verles como si toparan de improviso con los mismísimos demonios. Creyéronse los ciudadanos á su vez excomulgados como los clérigos jesuitas, merced á cartelones puestos en todas las esquinas, que anunciaban la excomunion mayor; y los odios mas voraces ardian por todas partes y las maldiciones mas crueles en todas las casas estallaban; viéndose por do quier padres jesuitas caricaturados con sus toscas sotanas al cuerpo y sus tristes bonetes á la cabeza en compañía de los diablos furiosos, quienes, arrojando saetas por sus bocas, se los llevaban en hombros á los profundos infiernos. Tal intensidad alcanzó la resistencia invencible de los aragoneses al jesuitismo, solo comparable á la resistencia que opusieran tambien en su debido tiempo á la funesta Inquisicion.

Los jesuitas atribuian á malas pasiones la guerra universal; y tachaban de anti-canónica la excomunion fulminada contra su órden. Pero, en esto no andaban á la verdad muy acertados, puesto que la excomunion se formuló por el arzobispo en persona, y con todas las formalidades propias de nuestra liturgia en grandes y verdaderas solemnidades. Pertinaces habian de aparecer las resistencias, cuando personas eclesiásticas, de suyo reservadas, agravaban la enormidad del castigo con la ostentacion del ceremonial. Llegó á tanto la impopularidad del jesuítico instituto y la cólera de sus numerosos enemigos, que cuadrillas de gentes sublevadas y en armas acometian las puertas y apedreaban las ventanas de la Comunidad despues de haber seguido con palabras mal sonantes á los padres por las calles como á viles titiriteros. Tal fuego ardia en torno de los discípulos de Ignacio, y tanto aceite arrojaban las supersticiones generales en ese fuego, que la Compañía tuvo necesidad de recluirse dentro de las cuatro paredes oscuras y estrechas de su vivienda cual

sepultada en vida. Separóse y dividióse á tales sucesos la ciudad en bandos. Al partido jesuítico pertenecian, por regla general, las clases acomodadas; y al partido anti-jesuítico las clases populares. Y no se veian una vez entre sí los nobles caballeros y los simples ciudadanos sin armar disputas, las cuales degeneraban á una en riñas con la mayor facilidad. Armóse un dia grande tumulto. Estaban varios caballeros jugando á la pelota, y les llega la nueva de que varios plebeyos en armas iban á casa de los padres con ánimo de matarlos. Sudorosos, fatigadísimos, sin ceñirse las vestimentas, en mangas de camisa, armados de sus espadas desnudas, corrieron los nobles en defensa de los jesuitas, é insultaron á los plebeyos por casualidad en el camino topados, armándose, con tal evento y ocasion, increíbles tumultos muy cercanos á civiles y enconadas guerras.

En estas ciudades populosas del Renacimiento y la Edad media, cuando una idea cualquiera dividia los ánimos y las conciencias, resultaban con grande facilidad, por el temperamento guerrero propio de semejantes tiempos, una guerra universal, extendiendo por do quier los estragos de la devastacion y del incendio. Nuestras grandes ciudades mercantiles y trabajadoras comprenderian á duras penas el combate de calle á calle, de hogar á hogar, de individuo á individuo, que reinaba en tan crueles tiempos con imperio nefasto. La presencia, pues, de los padres jesuitas, daba ocasion á una de tales contiendas; y la contienda tenia sangriento aspecto de guerra. En tal estado, á lo mejor, de súbito; cuando nadie podia preverlo y presentirlo, desnudábanse los aceros con prontitud y relucian á una con siniestro fulgor en riñas sangrientas y luctuosas. Cada familia tomaba parte de suyo en aquel enorme litigio, y aun dentro de las familias sobrevenian tristes y amargas contiendas. No estaba la Iglesia mas serena y alejada del comun voraz incendio. El arzobispo de Zaragoza declarábase contra los jesuitas y el obispo de Huesca en favor de los jesuitas. Perseguíanlos el vicario de la diócesis arzobispal y el prior de la órden agustina, mientras los apoyaba el virey representante del poder civil y el nuncio representante del poder religioso. Tan poderosas fuerzas en conflicto solo servian para ensangrentar el terrible litigio. Llegó á tal extremo, pues, el desórden, que los padres jesuitas, guardados por los caballeros sus partidarios, con los libros de rezo bajo el brazo y la

llave de sus respectivas celdas en las manos, corrieron á presentarse ante la municipalidad para decirle que se apercibian á dejar el inhospitalario recinto y á partirse de Zaragoza, como se partiera en ocasion análoga y con motivo semejante á los motivos por ellos alegados un día de Constantinopla Gregorio Nacianzeno.

La escena de la despedida prueba cómo se habian las cóleras y las iras aglomerado en la ciudad augusta. El Ayuntamiento en pleno aguarda receloso á los Padres en corporacion. Estos, al presentarse muy humillados, encarecen todo el bien que han querido hacer ellos á la ciudad; y todo el mal que la ciudad les ha hecho á ellos. Y despues de tales públicos coloquios, en los que, de una y otra parte, á competencia y porfía, se invocan los mas altos sentimientos, deciden los jesuitas dejar la ciudad ilustre, donde son cruelmente recibidos; y dícnles á su vez los regidores que, al dejarla, evitando conflictos, prestan mayores y mas señalados servicios que prestarian de aferrarse á una estada y residencia incompatibles por completo con la pública paz y el sosegado gobierno. Las mismas acusaciones, que hoy prevalecen, prevalecian entonces contra la órden de Jesus. Las mismas acusaciones, que hoy se le dirigen, dirigíansele por todos sus enemigos en aquella sazón. Viéndolos tan apegados á las clases ricas y tan despegados de las clases pobres, imaginábanlos poderosos y enriquecidos. Los historiadores mas clásicos de la Compañía refieren que una comision de jurados aragoneses llegó á personarse con celo en casa de la Compañía para inventariar las riquezas atribuidas por el comun pensar y sentir del vulgo á la grande asociacion. Poco encontraron los encargados de tales operaciones en la vivienda jesuítica; pero no cesó por eso el rumor público ni fué posible dejar tranquilos en sus hogares á los amenazados eclesiásticos. Salieron de la ciudad, pues, donde tanto les aborrecian y marcharon á la villa de Pedrola, colocada bajo la autoridad y señorío del duque de Villahermosa, verdadero rico-hombre y gran magnate, que tenia inmensos dominios en aquel territorio y llevaba sangre real en sus venas. Arrimados á tal sombra, defendidos por el gobierno de los reyes, por la nunciatura de los Papas, por el prelado de Huesca, por una parte importantísima de la clerecía, volvieron pronto y en triunfo; mas no lograron jamás vencer del todo la repugnancia invencible de los tenaces aragoneses á su doctrina y á su instituto.

CAPITULO X

MUERTE DE SAN IGNACIO

Desde su herida el Santo arrastró una fatigosa existencia, y experimentó enfermedades varias, á pesar de su complexion robustísima. La cojera contrastaba con el rápido movimiento de su idea, y le hacia recordar la union del alma con el cuerpo y del cuerpo con la tierra; esa cojera, nunca bien curada, llevóle consigo muchos y muy varios achaques. Cuidados estos con esmero, no se arraigaran, ni se hicieran crónicos en su fortísima naturaleza; pero abandonados á sí propios en las peregrinaciones, penitencias, embarques, viajes, y demás trabajos á que consagrara su actividad, apoderáronse de la salud con imperio y redujéronla de suyo á triste mezquindad. No hay en San Ignacio, por lo menos en las figuras y retratos, obra de su órden, aquella transparencia del cuerpo reconocida en el San Francisco de la tradicion y de la leyenda, que deja ver un alma encendida en el amor divino, y, por consecuencia, extática. En el gran fundador vasco permanece allende la muerte aquel carácter primitivo de su ser, el cual cambió de objeto, cambiando el uniforme de las armas por el uniforme de los claustros, pero que no cambió de naturaleza. Ignacio tuvo siempre la pericia militar adquirida en la edad de los combates épicos y la doblez política dominante á la sazón con gran dominio en todas las cortes europeas, y con especialidad, en la corte de don Fernando V el maquiavélico. Así, ocurriósele al gran reaccionario de la historia organizar un ejército espiritual formidable y moverlo á la resistencia mas con medios políticos que con ideas puras, llevándolo por las tortuosidades, tan escabrosas, de los regios palacios, y no por los espacios, tan bellos,